

Para saber lo que es la noche inmensa.
 Hasta el concepto de extensión perdemce,
 Y crispada la mano en el vacío,
 Buscando lo impalpable, alargaremos.
 ¡Qué delirio, por Dios! El rostro mío
 Llego á palpar inesperadamente,
 Y ya me invade del horror el frío.
 ¡Luz! ¡Quiero luz! La sombraindeficien
 [te.

Dejemos de estas bóvedas inciertas,
 Aunque sean hermosas ciertamente.
 Mas la belleza no es de alas abiertas
 De lo que vive y en la luz se baña,
 Es la hermosura de las sombras muertas.
 Pero al salir de la caverna extraña,
 Donde el declive y artesón permiten
 Que entre la luz de fuera la montaña,
 Parad: dejemos que la aurora imiten,
 Esos rayos de luz que se derraman,
 Y de los cielos el azul transmiten
 A la tiniebla y el recinto inflaman.

Cacahuamilpa, Diciembre de 1892.

JACONA.

Un pueblecillo encantador, cercano
 A la ciudad en que nací, risueño
 Al pié del monte, en el confín del llano
 De un poeta parece blanco ensueño,
 Vestido de follaje se levanta,

En el *Celso* bañándose la planta.
 De *paraiso terrenal* le dieron
 El nombre los vecinos moradores;
 Y á fé mía que al darlo no mintieron
 A ese bardal de frondas y de flores,
 Almohada en que apoya su cabeza
 Espléndida y gentil Naturaleza.

Para cada casita un huerto tiene,
 Cada huerto cien hilos de agua pura,
 Mil murmurios cada agua cuando viene
 Retozando á través de la espesura
 De guayabos, naranjos y limeros,
 Que son del aura ricos perfumeros.

Hace, frutos al dar, todos los años
 Creer en el jardín de las Hespérides,
 Y olvidar por sus fuentes y sus baños
 La famosa Castalia de las Piérides,
 Que, si acaso existieran, dejarían
 Sus aguas, y en Jacona habitarían.

En sesgo curso la atraviesa el río
 Oculto por jardines tropicales,
 Donde susurra el platanar sombrío
 Tremolando sus hojas colosales
 Y el sauce inclina lánguido sus ramas
 En que el sol finge vívidas escamas.

Medran allí los árboles mejores:
 Del fresno y del sabino corpulento
 Al chirimoyo, cuyas leves flores
 Exquisita fragancia dan al viento,
 Bien anunciando el fruto delicado
 De azúcar y de aroma sazonado.

Desde las tuberosas peregrinas
 De hojas manchadas de carmín y plata
 Al árbol de las rojas clavellinas,

Que desprende sus borlas de escarlata,
Todas las flores raras y preciosas
Allí crecen en cármes de rosas.

Desde el cezontle, el risueño indiano,
Hasta la urraca de la ardiente zona,
El coro de avecillas soberano
En su ramaje cántigas entona;
Y de sus flores liban colibríes
Pintados de esmeraldas y rubíes.

La calle por do va la ferro vía,
Es el camino de un edén abierto,
Lleno de sombras con que el sol porfía;
Y es cada vera interminable huerto,
En que la luz al tamizarse toma
Bello color, y el vienteillo aroma.

Pugnan turgentes árboles y brozas,
En hermosura y variedad distintas,
Por traspasar las cercas de las chozas
Y las verjas de hierro de las quintas,
Y la senda obstruir con su verdura,
Y sobre ella formar bóveda oscura.

Baña un cielo de azul incomparable
Con la luz de sus cándidas miradas
Ese joyel de huertos envidiable,
En torrentes de lumbre derramadas;
Y queda el alma, en tanta luz perdida,
En deleite purísimo embebida.

Hasta el peñón, *Curutarán* llamado,
Que esos vergeles por el sur limita,
Un no sé qué me ofrece de encantado,
De la fruición que la leyenda excita,
Con sus rojizas peñas sin adorno
Y el bizarro perfil de su contorno.
¡Con qué placer, poco ha, tibia mañana

De Abril, al rojo despuntar del día,
Del manso *Oelío* en la corriente ufana
Mi cuerpo fatigado sumergía,
Mi espíritu bañando en la hermosura
De las aguas, la luz y la espesura!

Y yo soñaba con morar en este
Feliz apartamiento. Si tuviera,
Iba pensando, habitación agreste
Aquí, llena de sol y placentera,
Escaso pan, copiosa librería
Y tranquila virtud ¿qué más quería?

A la primera luz de la mañana,
Que, extendiendo sus pétalos de rosa,
Se llegase á prender en mi ventana,
Como de Dios mirada cariñosa,
Del lecho surgiría alborozado
A recorrer mi huerto regalado.

De las yemas el débil estallido
Con que se abren ocultas en las frondas,
La luz que pasa y el rumor de un nido,
La lucha de las ramas y las ondas:
Todo, mi corazón elevaría
Y, á Dios buscando, el ala batiría.

Orara, entre los árboles vagando,
En que el rocío brilla y se estremece
Y, como el lirio, que en su cáliz blando
Oloroso licor al alba ofrece,
Le presentara á Dios el alma llena
De dulce paz y gratitud serena.

Fueran después las horas repartidas
Entre los libros y el papel, que espera
Que mis pobres ideas transmitidas
Alma le den para volar afuera.
Y sin envidia ni soberbia insana

En eso gastaría la mañana.

En ver me entretendría mariposas
Blanquísimas, doradas ó bermejas
O la órbita, que trazan caprichosas,
Rubias de miel, zumbando las abejas;
O mirándome en dulce arrobamiento
En la pupila azul del firmamento.

Y cuando el sol sobre los techos prende
Sus manojos de rayos cenitales,
Rasga las sombras y del agua enciende
En arroyos y ríos los cristales,
Descansar me parece en el escaño
Hecho de mimbres, en redor del baño.

De algún insecto acuático el arranque,
O el caer de las hojas á ocasiones
Dibujan en las aguas del estanque
De curvas movedizas rosetones;
Y el sol, quebrando sus reflejos puros,
Con arañas de luz borda los muros.

Y me sumerjo, y el frescor sintiendo
De las linfas, escueho embebecido
La charla que en los chorros va tejiendo
El líquido que rueda destejido;
O nado y me asgo del pretil redondo
O me zabullo hasta palpar el fondo.
Gusto después las limas, que desprendo,
O las que por maduras se deslizan,
Que, al paladar dulcísimas placiendo,
Las manos y el aliento aromatizan.
Luego voy á la mesa deseada,
De sencillos manjares abastada.

Fuera grato en la siesta las caladas
Sombras de los limeros ir pisando,
Y ver las lucees de verdor pintadas

Que, bajo el toldo de verdor flotando,
Semejan ser de la Esperanza el velo
Que aquí dejara al remontarse al cielo;
Cruzar los encombados puentecillos
Que unen del *Celso* las opuestas bandas,
Reclinarse en garranchos y junquillos,
Que en ellos forman rústicas barandas,
Y contemplar los encantados lejos
De hojas, sombras y líquidos espejos.

A esas horas yo finjome estar viendo
El río, de mi huerto en el decoro,
Sus párpados de sombra removiendo
Que el sol adorna con pestañas de oro,
Y, donde falta sombra proyectada,
Su inquieta faz de luces inflamada.

Libélulas, sus alas agitando
De gasa azul ó de crespones rojos
Rectas van, en el agua retratando
Su largo cuerpo y abultados ojos;
Y lame las bruñidas piedrecillas
Con rizos mil el río en las orillas.

El aire tibio con pereza sopla,
En los vecinos árboles bullendo;
Y yo, dejando sin finar la copla
Sobre el papel me voy adormeciendo,
Y al fin el sueño á la región dorada
De encantadas visiones me translada.

Y cuando el sol se acerca al occidente,
De la colina en gasas arropado,
O entre las nubes, ó en azul luciente,
Yo salgo para verle al escampado;
Y allí el avance de las sombras miro
Que el valle inundan con pausado giro.

Y en los troncos acaso reclinándome

De las magnolias, que abren sus nectarios
 Su aroma delicioso regalándome
 Cual de la tarde leves incensarios,
 Veo abrirse la estrella que fulgura
 En el turquí regazo de la altura.

Mas no, que á descansar Dios no me llama ;
 Y á lo lejos los gritos del combate
 Oigo ; que luche mi deber reclama,
 Mi corazón enardecido late,
 Y, dejando los goces de la aldea,
 Apetece el fragor de la pelea.

Jacona, Abril de 1898.

ZAMORA.

Ciudad dos veces bella, girón del paraíso,
 Guarida de palomas, espejo de piedad,
 Aunque de tí lejano tenerme el cielo quiso,
 El me grabó el recuerdo de mi natal ciudad.
 Y, si mis pobres cantos aun no han resonado
 Para ensalzar tus glorias, ofrenda á tu beldad ;
 Nunca te olvido, nunca, que tu eres el dechado
 De que mi Musa siempre los tintes ha copiado
 Con que bordó mis cantos en su primera edad.
 Ciudad, que te reclinas en lecho de esmeral-

(das.

De montes y colinas á las amenas faldas ;
 Y en hebras cristalinas destrenza á tus espal-
 (das
 El Duero cariñoso su límpido caudal.

No tienes que inculparme si yo he callado
 Tus glorias y bellezas, dulce tesoro,
 Que yo tomé tu nombre cuando he cantado,
 Y en tí pienso constante si río ó lloro,
 Ciudad bendita ;
 Y están en mi memoria, tu manso viento,
 Que á sus fragantes alas tu seno agita,
 De zafiro escogido tu firmamento,
 Tus torres soberanas y aquel acento
 Que de sus santos bronces se precipita.
 Sí, mi pobre memoria guarda en su seno
 Tu recuerdo sagrado de luces lleno,
 Como en áspera concha se deposita
 Radiante y nacarada la margarita.

Tu valle cuan hermoso, si verdes los trigales
 Ondeán al impulso del céfiro gentil,
 Cimbrando sus espigas de granos colosales
 En juegos bulliciosos las tardes del Abril.
 Los verdes campos rayan caminos y veredas
 Los unos descubiertos cual tiras de marfil,
 Los otros señalados de rectas arboledas ;
 Y las carretas rústicas de campesinas ruedas
 Por ellos van y vienen con rechinar sutil.

En donde espesa á trechos del campo la ver

[dura

Del monte en los repechos ó bien en la llanura
 Alzan sus rojos techos, en los que el sol ful-

[gura

Las granjas y sus muros de nítido blancor.
 Después las mieses fingen en Junio ardiente
 Un mar do forma el viento doradas olas,
 Que adornan, coronando su rubia frente
 De espuma purpurina, las amapolas.

Sobre las eras
Trillan la parva de oro, bella esperanza,
En círculo corriendo yeguas cerreras;
Vibra el gañán el látigo, sus gritos lanza,
Y gritos y chasquidos en lontanauza
Va dilatando el aire por las praderas.
Otros con blancos bieldos la parva avientan,
Cuando en torno las auras leves alientan,
Y al acerbo creciente se cae el grano,
Mientras lleva las pajas el aire vano.

El Duero desarrolla sus líquidos cristales,
Al Sur del valle espléndido en que mi cuna fué,
Su margen encrespando de verdes carrizales,
Regando la campiña que en su redor se vé.
Riquísimos helechos, enebros de tupido
Ramaje al borde crecen, y á su fibroso pié
Las lianas y los musgos tapices han tejido,
Y cuelgan las alondras las redes de su nido
En las tendidas ramas ocultas donde sé.

Conozco yo los saltos, las blondas que de es-
(puna

El río hace en los altos, cuando al caer consume
Su estrépito, en basaltos y guijas, y la bruma
Que esparce, y los encajes, que borda su cristal.

El canto, que armorizan sus avecillas
Con el eco del hacha, que el árbol hiende,
Tal vez crugir haciendo ramas y astillas,
Es música, que mi alma sabe y entiende.

El idioma del Duero,

Ya cuando corre manso, ya cuando truena
Al pie de la montaña, lo sé yo entero:
Comprehendo lo que dice cuando resuena,
No ignoro lo que escribe cuando en la arena

Juega con piedrecillas dulce y parlero.
Yo ví su humilde origen en la montaña,
Yo seguí su corriente, que el bosque baña,
Y le ví turbio y quieto bajo la puente,
Que en Zamora se enarca por su corriente.

Al pie de las altísimas montañas, en la eterna
Robleda, que enverdece su bella inmensidad,
Subsiste la vacada, que lánguida se interna
Buscando de sus frondas la cara opacidad.
De mi ciudad las calles, las torres, los tejados
Conservan los recuerdos de mi primera edad;
Y sus aleros pueblan, de mi ánimo escapados
Los dulces pensamientos en grata libertad.
Aun la campana dice su frase vocinglera
Del templo, en que yo hice la comunión pri-
(mera.

Levántase felice la casa en que viviera
Mi paternal familia, en la que yo nací.

Son las ventanas todas y son las puertas
Bajo de las pestañas de sus tejados
Pupilas amorosas, que están abiertas
Para mirarme en ellas seres pasados,

Las barranquillas,

Donde salté de niño con mis iguales,
Y zanja por el medio tus callecillas,
Tus banquetas de losas bien desiguales,
En que libré mis juegos primaverales,
Son nidal de venturas las más sencillas.
Y mi alma en todas partes va recogiendo
Memorias, que ha dejado, vivas, latiendo,
Como en tus charcos bullen las mariposas,
Para de amor echarte mirtos y rosas.

Zamora, Abril de 1898.

EL LAGO DE CHAPALA.

¡Oh! son las mismas olas, que rodaron
Llenas de mansedumbre y de cariño
Y lánguidas y tristes espiraron
En la playa á mis pies, cuando era niño.
Son aguas turbias, que á formar de lejos
Imágenes inversas comenzaron
Y, en surcor destrozando sus reflejos,
Las inciertas imágenes borraron.
Se borraron así las sombras bellas,
Que titilando en la memoria mía,
Revestidas de rosas y de estrellas
Contemplaba quizá mi fantasía,
Los recuerdos de ayer, que leves huellas
Van en las olas del vivir dejando
Con luz crepuscular cabrilleando.

Lago, que torno á ver, tú me pareces
Amigo de otro tiempo cariñoso,
Engastado en tus márgenes me ofreces
Vientos y aguas, que parlan un idioma
Que yo sé adivinar, húmedo aroma
De la brisa y que el céfiro amoroso
A los huertos robó, luz derramada
Por la vasta extensión, centuplicada
Del agua en el espejo siniñoso.

No son tus olas explosiones raudas
Del mar, que asombro ó que pavor infunden,
Ni tus espumas las flotantes caudas

De ondas inmensas, que en la peña airosa
Se han estrellado y despechadas se hundien.
Pero, airándote á veces
El rostro de una hermosa
Con muecas de ira, al olear pareces.
¡Cómo se arruga en variación constante
Poco denso tu líquido, formando
La multitud de pliegues, que adelante
En confuso tropel se van luchando,
Como falda de seda, que sonante
Arrastra una mujer por los salones,
En su móvil donaire arrebatando
El polvo y los incantos corazones!

De Chapala despliegan á la espalda
Un cónico peñón y montes bellos
Con grato amor su verdinegra falda
A recibir tus húmedos cabellos.
Bordan acaso tu ribera undosa
Las que destacan caprichosas quintas
Sobre la masa de árboles umbrosa
Su forma esbelta y sus alegres tintas.
Y al frente del pintado caserío
Eleva por la atmósfera anchurosa
El templo parroquial gallardo y pío,
Símbolos blancos del eterno anhelo
Del alma dolorosa,
Sus bellas torres, señalando al cielo.

No se abre por levante el anchuroso
Anfiteatro de azulados montes,
Que circunda tu seno rumoroso,
Finges de mar inmensos horizontes;
Y las barcas, que en tí, balanceándose,

Con la vela abombada al entruendose
 Cariño de los vientos, alejándose,
 Van dejando en tu haz surcos de estrellas.
 Y algún alción, que canta su reclamo,
 Jugando con las aguas como aquellas,
 Me recuerdan el mar que tanto yo amo.

Bordan de blanco la ribera opuesta
 Pintorescos y humildes pueblecillos:
 El grupo de cabañas se recuesta
 Entre arenas y huertos; los sencillos
 Pescadores las redes ya preparan
 Puestas al sol encima los cercados,
 Ya sus esquifes en la playa varan
 Y cultivan sus huertas regalados.
 A la orilla las ruedas de las norias
 Rechinan giratorias,
 Que los terrenos del redor fecundan;
 Y en brillantadas luces
 El aire puro inundan,
 El agua al derramar, los arcaduces.
 Y en los fructuosos árboles que abundan,
 Al volar de aquí allá, gritando fieros,
 En su eterno reñir los *carpinteros*,
 Las urracas con silbos y chirridos,
 Los ceniztlis con cánticos suaves,
 Y ocultas en las ramas y los nidos
 Otras variadas y canoras aves,
 Y murmullos del agua repetidos
 En las horas más plácidas del día
 Forman bella, indecible sinfonía.

La belleza mayor, que en tí he gustado,
 A mi triste pensar más oportuna,

Es la de tu crepúsculo encarnado,
 La de tus noches de apacible luna
 En la bullente nave recostado
 Miro el fin de la tarde,
 Y me complazco con la luz extraña,
 Que próxima á morir se agita y arde.
 Abultando las sombras y figuras,
 Con polvo de oro y escarlata baña,
 Muriendo, el sol las vértebras oscuras.
 Del dorso colosal de la montaña.

Y una red de reflejos, que cual hilos
 De fuego se entrelazan y caminan
 Tiende el sol, y en los pliegues intranquilos
 Del lago se revuelven y esfuminan.

Así muere la tarde, en su derroche
 De colores y luz mis esperanzas
 Figuradas he visto, y en la noche,
 Que ya empieza á velar tus lontananzas,
 La imagen ví del desengaño duro.
 Pero tú, luna, por el cielo avanzas:
 Pirámide de luz sobre lo oscuro
 Del agua se dibuja y balancea,
 Y su contorno refulgente y puro
 En la revuelta superficie ondea.
 Así también feliz melancolía
 Vierte la luz de una celeste idea
 En las tinieblas de la noche mía.

Chapala, Abril de 1900.

INDICE.

	Págs.
Rasgos biográficos.	III
DEL FONDO DEL ALMA:	
Dedicatoria á mi Madre.	3
Voces Interiores.	6
¡Por qué?.....	9
Al Olvido.....	15
Después de comulgar (1888).....	17
Carta para el cielo.....	20
A Manuel.....	25
En malas redes.....	26
A Josefina.....	29
Sub umbra.....	35
In memoriam.....	38
Antes de mi primera Misa.....	42
A un amigo (1889).....	45
La primera Comunión.....	46
Mi ordenación sacerdotal.....	49
Tres prendas y tres deseos.....	50
VERSOS PERDIDOS.	
Esperanza.....	55
A la felicidad.....	57
Separación.....	58
A una Margarita.....	59
La Ciencia Moderna.....	60
A la Belleza.....	60
La muerte del Zéfiro.....	61
Paisaje de mi tierra.....	64
¡Ay!.....	64
En la Coronación de la Guadalupana.....	65
A mi casa solariega.....	72
El arbol seco.....	73
Castidad.....	74
Claro-oscuro.....	75
Ut sol.....	76
A mi Confesonario.....	76
A un Albatros.....	80
Agua dormida.....	80

	Págs.
Amor sin esperanza.....	81
El Angelus.....	84
Ave maris stella.....	84
El Martirio [declamada por el autor en la vela- da por el Centenario de San Felipe de Jesús.]	85
MARINAS.	
Dedicatoria.....	95
Sed.....	97
En la Barra de Alvarado.....	97
Salida del Sol.....	100
Noche de luna.....	101
Desaliento.....	103
Melancolía.....	105
El Norte.....	106
Agua de mar.....	107
Tarde de pesca.....	108
Carta á mi hermana.....	111
MINIATURAS.	119
PRELUDIOS.	
Prólogo.....	151
Aureliano [tragedia].....	155
Odas de Horacio.....	215
Odas de Anacreonte.....	262
La muerte de Dafnis [Teócrito].....	268
Un fragmento de Bion.....	268
La Olímpica VII de Píndaro.....	269
PAISAJES.	
Camécuaro.....	279
A la Quinta de quita-pesares.....	281
La Gruta de Cahuamilpa.....	284
Jacona.....	288
Zamora.....	294
El Lago de Chapala.....	298

NOTAS.

I. El autor suplica á los lectores que tengan por suprimida la poesía, que comienza en la pág. 37, por motivos que no es del caso exponer.

II. La dedicatoria de "Marinas" debe cambiarse en esta forma: *A mis discipulas é hijas fidelisimas en Cristo, las Sritas. BERTA, NILA, DOLORES y MARIA MOLFE.*

42 062
80

